

CAPÍTULO IV

Consecuencias de la jornada del 20 de junio. — Llegada de Lafayette á París. — Sus quejas á la Asamblea. — Rumores de guerra; invasión próxima de los prusianos. — Discurso de Vergniaud. — Reconciliación de todos los partidos en el seno de la Asamblea, el 7 de julio. — Se declara á la patria en peligro. — El departamento suspende en su cargo al corregidor Petión. — Manifiestos amenazadores contra la monarquía. — Lafayette propone al rey un proyecto de fuga. — Tercer aniversario del 14 de julio; descripción de la fiesta. — Síntomas de una nueva revolución. — Comité revolucionario. — Detalles acerca de los más célebres revolucionarios de la época. — Camilo Desmoulins, Marat, Robespierre y Dantón. — Proyectos de los amigos del rey para salvarle. — Diligencias de los diputados girondinos para evitar una insurrección.

Al día siguiente de la jornada revolucionaria del 20 de junio, cuyas principales circunstancias acabamos de dar á conocer, París presentaba todavía un aspecto amenazador, y los diversos partidos se agitaban con más violencia. La indignación debió ser general entre los partidarios de la corte, que la creyeron ultrajada, y también entre los constitucionales, quienes consideraron aquella invasión como un atentado contra las leyes y la tranquilidad pública. El desorden había sido grande; pero exagerábase mucho, suponiendo que el proyecto había sido asesinar al rey, y que sólo por una feliz casualidad se frustró. Así, pues, por efecto de una reacción natural, el espíritu que dominaba aquel día estaba en favor del rey y su familia, expuesta la víspera á tantos peligros y ultrajes, reinando la mayor aversión contra los supuestos autores del motín.

Los semblantes de los diputados que asistieron á la Asamblea tenían una expresión adusta; varios representantes protestaron enérgicamente de los acontecimientos de la víspera, y Mr. Bigot propuso una ley contra las peticiones armadas y contra la costumbre de permitir á los grupos desfilar por el salón de sesiones.

Aunque existían ya leyes sobre el particular, renováronse por un decreto. Mr. Daveilhout quería que se informase contra los perturbadores.

«¿Cómo queréis, le dijeron, informar contra cuarenta mil hombres?» «Pues bien, repuso: si no se puede distinguir entre los cuarenta mil hombres, castigad á la guardia que no se ha defendido; pero obrad de una manera ó de otra.»

Después se presentaron los ministros con un informe de lo que había ocurrido, suscitándose una discusión sobre la naturaleza de los hechos. Un diputado de la derecha, pretextando que Vergniaud no era sospechoso, y que había sido testigo de la escena, quiso que hablase sobre lo que había visto; pero Vergniaud, negándose á contestar, guardó el más profundo silencio. No obstante, los diputados más atrevidos de la izquierda, desechando todo temor y envalentonándose hacia el fin de la sesión, osaron proponer que se examinara si para ciertos decretos se consideraba el *veto* necesario; pero la proposición fué desechada por una gran mayoría.

A la caída de la tarde temióse que se repitiera una escena semejante á la de la víspera, pues al retirarse el pueblo había dicho que volvería, y se creyó que trataba

de cumplir su promesa; pero bien fuese porque aún conservaba la emoción de la víspera, ó ya porque los jefes del partido popular desaprobaban en aquel momento la tentativa, fué fácil contenerle; y Petión acudió presuroso á palacio para anunciar al rey que estaba restablecido el orden, y que el pueblo, después de haber hecho sus representaciones, quedaba completamente tranquilo. «Eso no es verdad, le dijo el rey.— Señor...— ¡Callaos!— El magistrado del pueblo no ha de callarse cuando cumple con su deber y dice la verdad.— Sois responsable de la tranquilidad de París.— Conozco mis deberes y sabré llenarlos.— Basta, retiraos y hacedlo así.»

No obstante el bondadoso carácter del rey, tenía á veces raptos de cólera que los palaciegos llamaban sus arranques. La presencia de Petión, á quien se acusaba de haber promovido las escenas de la víspera, le irritó y dió margen á la conversación que hemos copiado, y de que todo París se enteró al momento.

Inmediatamente se extendieron dos proclamas, una del rey y otra del ayuntamiento, pareciendo que entraban en pugna estas dos autoridades.

El ayuntamiento decía á los ciudadanos que permaneciesen tranquilos; que respetasen al rey *é hiciesen respetar* á la Asamblea Nacional; que no se reuniesen en armas, porque lo prohibían las leyes, y principalmente que desconfiasen de los mal intencionados que intentaban amotinarlos de nuevo.

Dijose, en efecto, que la corte pretendía sublevar al pueblo para tener ocasión de bombardearlo; y así, el palacio creía en el plan de un asesinato y los arrabales suponían el de un degüello.

El rey decía: «Los franceses no sabrán sin sentimiento que una multitud, extraviada por algunos facciosos, ha invadido esta mañana con las armas en la mano la habitación del rey, quien no ha opuesto á las amenazas y á los insultos de las turbas más que su conciencia y su amor al bien público.

»Ignora hasta qué punto desean llegar; pero sean cuales fueren los excesos á que se entregaren, no le arrancarán jamás un consentimiento á lo que crea contrario al interés público, etc.

»Si aquellos que desean derribar la monarquía necesitan un crimen más, cométanlo en buen hora...

»El rey manda á todos los cuerpos administrativos

y municipales que vigilen por la seguridad de las personas y por la propiedad.»

Estos opuestos lenguajes respondían á las dos opiniones que entonces se formaban. Todos aquellos á quienes la conducta de la corte había exasperado, se irritaron más contra ella, pareciendo más decididos entonces á burlar sus proyectos por todos los medios posibles. Las sociedades populares, las municipalidades, los hombres de las picas, una parte de la guardia nacional y la izquierda de la Asamblea comprendieron la proclama del corregidor de París, prometiéndose no ser prudentes sino en lo que fuera necesario para hacerse ametrallar sin resultado decisivo; pero inciertos aún sobre los medios que emplearían, esperaban siempre poseídos de la misma desconfianza y aversión. Su primera diligencia fué obligar á los ministros á comparecer ante la Asamblea para dar cuenta de las precauciones que habían adoptado sobre dos puntos esenciales, á saber:

1.º Las perturbaciones religiosas excitadas por los eclesiásticos.

2.º La seguridad de la capital, que debía proteger el campamento de veinte mil hombres rehusado por el rey.

Aquellos á quienes llamaban aristócratas, los constitucionales sinceros, una parte de la guardia nacional, varias provincias y sobre todo los directores de departamento, se pronunciaron en aquella ocasión de una manera enérgica. Como las leyes habían sido infringidas, teníanlo todo en su favor al tomar la palabra, y usaron de ella con bastante osadía. Dirigiéronse al rey numerosas exposiciones; en Rouén se preparó una petición con veinte mil firmas, que el odio del pueblo asoció á la que habían firmado ya ocho mil parisienses contra el campamento de París; y por último, el departamento mandó instruir un informe contra el corregidor Petión y el procurador del concejo Manuel, acusados ambos de haber favorecido por su morosidad la irrupción del 20 de junio.

Hablábase entonces con admiración de la conducta del rey durante aquel día fatal, y dejóse de creer que tuviera un carácter débil, como se había opinado generalmente hasta entonces; pero reconocióse bien pronto que ese valor que resiste no equivale al activo y emprendedor que evita los peligros en vez de esperarlos resignadamente.

También el partido constitucional apuró su actividad, y cuantos se habían asociado á Lafayette para concertar con él la carta del 16 de junio, buscáronle otra vez para intentar un proyecto grandioso. Como Lafayette se había indignado altamente al saber lo ocurrido en palacio, halláronle muy bien dispuesto, tanto más cuanto que llegaron á sus manos varias manifestaciones de sus regimientos, en las cuales se expresaba la mayor indignación. Bien fueran sugeridas por alguno, ó realmente espontáneas, Lafayette puso término á ellas por medio de una orden del día en la que prometió expresar por sí mismo los sentimientos de todo el ejército; y en su consecuencia, resolvió ir en persona á repetir en el cuerpo legislativo lo que escribió en 16 de junio. Entendiéndose con Luckner, fácil de convencer por lo mismo que era un anciano generoso que nunca abandonaba su campamento, hízole escribir una carta al rey,

expresando los mismos sentimientos que él iba á dar á conocer de viva voz en el cuerpo legislativo. Después adoptó todas las medidas necesarias para que su ausencia no pudiese perjudicar á las operaciones militares, y separóse de sus cariñosos soldados para dirigirse á París en medio de los mayores peligros.

Lafayette contaba con su fiel guardia nacional y con un nuevo impulso de su parte, confiando además en la corte, cuya enemistad no podía temer, toda vez que iba á sacrificarse por ella. Después de haber probado su caballeresco amor á la libertad, quería demostrar su sincero aprecio al rey; y en su heroica exaltación, es probable que su alma no fuera insensible á la gloria de alcanzar este doble objeto.

El general llegó en la mañana del 28 de junio, y habiendo circulado la noticia rápidamente, todos comenzaron á decirse con asombro y curiosidad que Lafayette estaba en París.

Antes de su llegada habían producido gran agitación en la Asamblea muchas exposiciones contrarias: las de Rouén, Havre, Ain, Sena y Oise, del Paso de Calais y Aisne se pronunciaban contra los excesos del 20 de junio; las de Arrás y del Herault parecían aprobarlos casi. Habíase leído, por una parte, la carta de Luckner al rey, y por la otra espantosos pasquines contra el príncipe, todo lo cual produjo la perturbación durante algunos días.

El 28 se dirigió á la Asamblea una considerable multitud, esperando que se presentara Lafayette, cuyos proyectos no se conocían aún; y en efecto, á eso de la una y media anunciaron que pide ser admitido en la barra, donde se le recibe con entusiastas aplausos de la derecha, mientras que la tribuna y la izquierda guardan el más profundo silencio.

«Señores, dice al comenzar, ante todo debo asegureros que merced á las disposiciones concertadas entre el mariscal Luckner y yo, mi presencia aquí no compromete en manera alguna ni el éxito de nuestros ejércitos ni la seguridad del que yo tengo el honor de mandar.»

El general anuncia después los motivos que le han impulsado á presentarse en París: dice que se ha sostenido que su carta no era de él; que viene á reconocerla por suya, y que para ello ha salido de su campamento, donde le rodeaba el cariño de sus soldados. Añade que una razón más poderosa le ha inducido á dar aquel paso; que las ocurrencias del 20 de junio han excitado la indignación del ejército, el cual ha presentado numerosas exposiciones; y que para poner término á ellas se ha comprometido á ser el órgano de sus tropas cerca de la Asamblea Nacional. Dice que los soldados se preguntan si es realmente la causa de la libertad y de la Constitución la que defienden, y en su consecuencia suplica á la Asamblea:

1.º Que persiga á los instigadores del movimiento del 20 de junio.

2.º Que aniquile una secta que combate á la soberanía nacional, y cuyas discusiones públicas no dejan la menor duda acerca de sus atroces proyectos.

3.º y último. Que haga respetar á las autoridades, dando á los ejércitos la seguridad de que la Constitución no será violada en el interior, mientras las tropas prodigan su sangre para defenderla en el exterior. El presidente contesta que la Asamblea será fiel á la ley jura-

da, y que examinará su petición; y después le dispensa el honor de asistir á los debates.

El general se dirige hacia los bancos de la derecha; pero el diputado Kersaint observa que debe tomar asiento en el banco de los peticionarios. «¡Sí! ¡No!» gritan por todas partes. Lafayette se levanta modestamente, y va á colocarse en el banco de los peticionarios, siendo ruidosamente aplaudido por la mayoría. Guadet, tomando el primero la palabra, y después de un hábil rodeo, pregunta si los enemigos están vencidos y si se ha salvado ya á la patria, puesto que Mr. de Lafayette se halla en París. «¡No, añade, la patria no está libre; nuestra situación no ha cambiado, y, no obstante, el jefe de uno de nuestros ejércitos está en París! — No me detendré á examinar, continúa, si Mr. de Lafayette, que sólo ve en el pueblo francés facciosos que rodean y amenazan á las autoridades, no está rodeado él mismo de un estado mayor que abunda en sus opiniones; pero debo hacer presente que falta á la Constitución al constituirse en órgano de un ejército legalmente incapaz para deliberar; y que probablemente ha faltado también á la disciplina al venir á París sin autorización del ministro de la Guerra.»

En su consecuencia, Guadet pide que el ministro declare si ha concedido licencia á Mr. de Lafayette; y exige además que la comisión extraordinaria instruya expediente sobre la cuestión de saber si un general podrá tratar con la Asamblea de asuntos puramente políticos.

Ramond se encarga de contestar á Guadet, comenzando por una observación muy natural, con frecuencia aplicable; y es que, según las circunstancias, se varía mucho sobre la interpretación de las leyes. «Jamás se había sido tan escrupuloso, dice, respecto á la existencia del derecho de petición. Cuando recientemente se presentó una multitud armada, no se la preguntó cuál era su misión ni se la censuró tampoco por atentar, con el aparato de las armas, contra la independencia de la Asamblea; y cuando se presenta Mr. de Lafayette, que durante toda su vida fué para América y Europa el estandarte de la libertad, despiértanse las sospechas!.. Si hay dos pesas y dos medidas, si hay dos maneras de considerar las cosas, sea permitido al menos hacer alguna excepción de persona en favor del hijo mayor de la libertad...»

Ramond pide después que se remita la petición á la comisión extraordinaria para que examine, no la conducta de Lafayette, sino su petición misma. Después de un gran tumulto y de haberse llamado dos veces al orden, apruébase la proposición de Ramond, y Lafayette sale de la Asamblea, seguido de numerosos diputados, de muchos individuos de la guardia nacional, de todos sus partidarios y antiguos compañeros de armas.

Era el momento decisivo para él, para la corte y el partido popular: dirígese al palacio, y al pasar entre los grupos de cortesanos, oye pronunciar las más injuriosas palabras contra su persona; el rey y la reina reciben con frialdad al que iba á sacrificarse por ellos; y Lafayette sale del palacio afligido por aquella hostilidad, no por sí mismo, sino por la familia real. Fuera de las Tullerías, recíbele una numerosa multitud, que le acompaña hasta su morada á los gritos de *viva Lafayette!*, llegando algunos á plantar un *mayo* delante de su puerta.

Estos testimonios de una antigua fidelidad conmovieron al general, al paso que intimidaban á los jacobinos; mas era necesario aprovecharse de este resto de cariño y excitarle más aún para que fuera eficaz. Algunos jefes de la guardia nacional, particularmente afectos al rey, se dirigieron á la corte para saber qué debía hacerse; pero tanto el monarca como la reina fueron de parecer que no se debía secundar á Lafayette (1); y así es que éste se vió abandonado por la única parte de la guardia nacional con que podía contar aún. Sin embargo, deseoso de servir al rey á pesar suyo, entendiéndose con sus amigos; pero tampoco éstos estaban acordes. Los unos, y particularmente Lally-Tolendal, deseaban que procediese rápidamente contra los jacobinos, atacándolos á viva fuerza en su club; los otros, individuos todos del departamento y de la Asamblea, apoyándose sin cesar en la ley, y no encontrando recursos más que en ella, no querían aconsejar la violencia, y oponíanse á todo ataque abiertamente. Lafayette prefirió, no obstante, el más atrevido de estos consejos, dando una cita á sus partidarios para ir con ellos á expulsar á los jacobinos del club y tapiar luego las puertas. Sin embargo, aunque se había fijado el punto de reunión, presentaron pocos, por lo cual no pudo obrar Lafayette; pero mientras que él se desesperaba al verse tan mal secundado, los jacobinos, que no tenían conocimiento de la derrota de los suyos, sintieron sobrecogidos de un terror pánico y abandonaron su club. Sin detenerse un momento, corrieron á casa de Dumouriez, que no había marchado aún al ejército, y propusieronle que se pusiera á su cabeza para marchar contra Lafayette. Dumouriez no aceptó la oferta, y el general permaneció un día más en París, haciendo frente á las denuncias, á las amenazas y á los proyectos de asesinato, después de lo cual marchó desesperado por el mal éxito de su generosa abnegación y por la tenacidad de la corte.

¡Y á este hombre, tan completamente abandonado cuando iba á exponerse al puñal de un asesino sólo por salvar al rey, es á quien se acusó de haber vendido á Luis XVI! Los cronistas de la corte pretendieron que había combinado mal sus medios; no cabe duda que hubiera sido más fácil y seguro, al menos en apariencia, valerse de ochenta mil prusianos; pero en París y no teniendo el proyecto de llamar al extranjero, ¿qué más se podía hacer que ponerse á la cabeza de la guardia nacional é imponer á los jacobinos dispersándolos?

Lafayette marchó con la intención de servir aún al rey, y de proporcionarle, si era posible, los medios de salir de París. Lo primero que hizo fué escribir á la Asamblea una carta, en la cual repitió con más energía todo lo que él mismo había dicho contra aquellos á quienes llamaba facciosos.

Apenas se vió libre el partido popular de los temores que le habían causado la presencia y los proyectos del general, continuó sus ataques contra la corte, persistiendo en pedir un riguroso informe acerca de los medios que empleaba para preservar al territorio. Sabíase ya, aunque el poder ejecutivo no lo hubiese notificado á la Asamblea, que los prusianos, violando la neutralidad, avanzaban por Coblenza en número de ochenta mil

(1) Véase madama Campán, tomo II, pág. 224; una carta de Mr. Lally al rey de Prusia, y todos los historiadores.

hombres, todos antiguos soldados del gran Federico, á las órdenes del general duque de Brunswick. Lúckner, que tenía muy pocas tropas y no confiaba mucho en los belgas, se vió en la precisión de retirarse á Lila y Valenciennes. Un oficial había incendiado, al retirarse de Courtray, los arrabales de la ciudad, y creyóse que el objeto de esta cruel medida era el de excitar á los belgas. El gobierno no hacía nada para aumentar la fuerza de nuestros ejércitos, que era cuando más, en las tres fronteras, de unos doscientos treinta mil hombres; no adoptaba ninguna de esas medidas poderosas que despiertan el celo y el entusiasmo de una nación; y en una palabra, el enemigo podía estar en París dentro de seis semanas.

La reina lo esperaba así, y decíalo á una de sus damas; conocía el itinerario de los emigrados y del rey de Prusia; sabía que tal día podían estar en Verdún, tal otro en Lila, y que pensaban sitiar esta última plaza. La desgraciada princesa esperaba, según decía, hallarse libre dentro de un mes (1). ¡Ah! ¡Por qué no creyó mejor á los sinceros amigos que la representaban los inconvenientes de auxilios extranjeros é inútiles, haciéndola comprender que llegarían bastante pronto para comprometerla y demasiado tarde para salvarla! ¡Por qué no dió crédito á sus propios temores sobre este punto, y á los siniestros presentimientos que algunas veces la acosaron!

Ya se ha visto que el medio que más deseaba obtener el partido nacional era la reserva de veinte mil confederados en París. El rey, como hemos dicho antes, se había opuesto al proyecto, y se le exigió, en la persona de sus ministros, que se explicara sobre las precauciones tomadas para suplir á las medidas adoptadas por el decreto no sancionado. El rey contestó presentando un proyecto nuevo, que consistía en enviar á Soissons una reserva de cuarenta y dos batallones de voluntarios nacionales, que debía substituir á la antigua, utilizada para completar los dos principales ejércitos. Esto era en cierto modo el primer decreto, pero con una diferencia que los patriotas consideraban como muy importante; y es que el campamento de reserva se formaría entre París y la frontera, y no cerca de la misma capital. El proyecto fué acogido con murmullos y se pasó al comité militar.

Después de esto, varios departamentos y municipalidades, estimulados por su correspondencia con París, resolvieron llevar á ejecución el decreto relativo al campamento de veinte mil hombres, aunque no estuviese sancionado. Los departamentos de las bocas del Ródano, de la Gironda y del Hérault dieron el primer ejemplo, y muy pronto les imitaron otros. Tal fué el principio de la insurrección.

Apenas tuvo la Asamblea noticia de estos movimientos espontáneos, modificando el proyecto de los cuarenta y dos nuevos batallones, propuestos por el rey, decretó que aquellos que impulsados por su celo se habían puesto ya en marcha antes de ser legalmente llamados, pasarían por París á fin de inscribirse en la municipalidad de la capital; que después marcharían á Soissons para acampar; y por último, que los que se hallaran en París antes del 14 de julio, día de la confederación, asistirían

(1) Véase madama Campán, c. II, pág. 230.

á esta solemnidad nacional. La fiesta no se había celebrado el 91 á causa de la fuga de Varennes, y queríase que la del 92 fuera más brillante. La Asamblea añadió que después de la celebración se encaminarían los confederados al lugar de su destino.

Esto era lo mismo que autorizar la insurrección, renovando casi el decreto no sancionado, pues la única diferencia consistía en que los confederados no hacían más que pasar por París. Lo importante era atraerlos; una vez llegados les podrían detener mil circunstancias. El decreto fué remitido inmediatamente al rey, y recibió la sanción al día siguiente.

A esta importante medida se agregó otra; desconfiábase de una parte de la guardia nacional, y sobre todo de los estados mayores, que pudiendo acercarse más á la autoridad superior, así como los directorios de departamento, por la importancia que les daban sus grados, inclinábanse más en su favor. Deseábase asegurarse sobre todo del de la guardia nacional de París; mas no pudiendo atacarle directamente, decretóse que serían disueltos y reelegidos todos los estados mayores en las ciudades de más de cincuenta mil almas (decreto del 2 de julio).

El estado de agitación en que se hallaba Francia aseguraba á los hombres de ideas más avanzadas una influencia siempre creciente; la reelección proporcionaría servidores fieles al partido popular y republicano.

Estas fueron las grandes medidas adoptadas casi á viva fuerza contra la derecha y la corte; pero nada de esto parecía bastante tranquilizador á los patriotas para precaverse de los inminentes peligros de que se creían amenazados. Cuarenta mil prusianos y otros tantos austriacos y sardos avanzaban ya hacia nuestras fronteras; la corte, probablemente de acuerdo con el enemigo, no empleaba ningún medio para multiplicar los ejércitos y estimular á la nación, valiéndose por el contrario del *veto* con el fin de inutilizar las medidas del cuerpo legislativo, y de la lista civil para reunir partidarios en el interior; contábase además un general á quien no se suponía capaz de reunirse con los emigrados para vender á Francia, pero á quien se creía dispuesto á sostener á la corte contra el pueblo; y todas estas circunstancias atemorizaban los ánimos, produciendo la mayor agitación.

El grito general llegó á ser muy pronto: *la patria está en peligro*, pero ¿cómo evitar este último? Aquí estaba la dificultad, pues no reinaba el menor acuerdo acerca de las causas. Los constitucionales y los partidarios de la corte, tan atemorizados como los patriotas mismos, no imputaban los peligros sino á los facciosos; veían el verdadero en la desunión y temblaban sólo por la monarquía. Los patriotas, por el contrario, no veían el peligro sino en la invasión, y únicamente acusaban á la corte por sus negativas, sus tardanzas y sus secretos manejos. Cruzábanse las peticiones: los unos atribuían todo á los jacobinos; los otros á la corte, designada sucesivamente con los nombres de *palacio*, *poder ejecutivo* y *veto*. La Asamblea escuchaba y lo dirigía todo á la comisión extraordinaria de los doce, encargada hacía largo tiempo de buscar y proponer los medios de salvación. Su plan era esperado con impaciencia: entretanto, en las esquinas se veían pasquines amenazadores; los diarios públicos, tan audaces como aquéllos, sólo ha-

blaban de abdicación forzosa y de supresión; este era el asunto de todas las conversaciones, y únicamente en la Asamblea se tenía cierto comedimiento, no atacándose allí á la monarquía sino de una manera indirecta. Habíase propuesto, por ejemplo, suprimir el veto para decretos dados; tratóse también varias veces de la lista civil y de su culpable empleo, y hasta se habló de reducirla ó disponer que se dieran cuentas públicas.

La corte no había rehusado jamás ceder á las instancias de la Asamblea y aumentar materialmente los medios defensivos; no hubiera podido hacerlo sin comprometerse demasiado abiertamente, y por otra parte, debía temer poco el aumento numérico de ejércitos que creía del todo desorganizados. El partido popular quería, no obstante, esos medios extraordinarios que indican una gran resolución, y que con frecuencia hacen triunfar la causa más desesperada; y estos medios son los que imaginó la comisión de los doce después de un largo trabajo, que fué sometido á la Asamblea. Había acordado el proyecto siguiente:

Cuando el peligro llegara á ser inminente, el cuerpo legislativo debía declararlo por sí propio por medio de la solemne fórmula: «La patria está en peligro.»

Hecha esta declaración, todas las autoridades locales, los consejos de las municipalidades, de los distritos y de los departamentos, y la Asamblea misma, como primera autoridad, deberían reunirse en sesión permanente. Todos los ciudadanos quedaban obligados bajo las penas más severas á entregar á las autoridades cuantas armas poseyesen, para que se hiciera la distribución conveniente. Todos los hombres, ancianos y jóvenes, que se hallaran en estado de servir, serían alistados en la guardia nacional; los unos, en su calidad de movilizados, se trasladarían á los puntos de residencia de diversas autoridades de distrito y de departamento; los otros podrían ser enviados allí donde lo reclamase la salvación de la patria, así en el interior como en el exterior. No se exigía uniforme á los que no podían costearle. Los guardias nacionales que salieran del punto de su residencia recibirían la paga de voluntario. Las autoridades se encargarían de proporcionar municiones. Toda señal de rebelión, hecha intencionalmente, se castigaría con la pena de muerte. Las escarapelas y las banderas que no fueran tricolores se considerarían como sediciosas.

Según este proyecto, toda la nación quedaba alerta y sobre las armas; podía deliberar, batirse en todas partes y á cada instante, y hasta no necesitaba ya gobierno, teniendo en su mano suplir á la inacción. Así se regularizaba y dirigía aquella agitación sin objeto de las masas populares; y si después de este llamamiento no respondían los franceses, ya no se debería nada á una nación que nada hacía por ella misma. Como ya se comprenderá, muy pronto se empeñó el más acalorado debate sobre este proyecto.

El diputado Pastoret presentó el informe preliminar en 30 de julio; no satisfizo á nadie, pues culpaba á unos y á otros para equilibrar las quejas, sin fijar de una manera positiva los medios de hacer frente á los peligros públicos. El diputado Juan de Bry motivó después claramente y de una manera moderada el proyecto de la comisión; y abierto el debate, convirtióse á poco en un tiroteo de invectivas, ofreciendo ancho campo á las

imaginaciones exaltadas y precoces que van directamente á los medios extremos. La soberana ley de la salvación pública, es decir, la dictadura, ó sea el medio de hacerlo todo, con la facultad de proceder cruel y poderosamente, esa ley, que no debía decretarse sino en la Convención, fué propuesta, sin embargo, en la Legislativa.

Mr. Delaunay Angers propuso á la Asamblea declarase, que hasta el alejamiento del peligro no *consultaría sino la ley imperiosa y suprema de la salvación pública.*

Esto era valerse de una fórmula abstracta y misteriosa para pedir la supresión de la monarquía, declarando á la Asamblea soberana y absoluta. Mr. Delaunay decía que la revolución no había terminado; que sería un error creerlo así; y que era preciso reservar las leyes fijas para cuando estuviese salvada la revolución y no para cuando se hubiera de salvar; en una palabra, decía cuanto se suele decir en favor de la dictadura, cuya idea se ofrece siempre á la imaginación en los momentos de peligro. La respuesta de los diputados de la derecha era natural: dijeron que en su concepto se violaba el juramento prestado á la Constitución, creando una autoridad que absorbía los poderes regulares establecidos; pero sus adversarios alegaron que se había dado ya el ejemplo de la infracción y que era preciso no dejarse sorprender sin defensa.—Pero, replicaban los partidarios de la corte, probados que se ha dado ese ejemplo y que se ha infringido la Constitución. Contestábase á esto con nuevas acusaciones contra la corte, las cuales eran rechazadas con duros cargos á los perturbadores. — Sois unos facciosos, exclamaban los unos. — Sois unos traidores, respondían los otros. Tales eran las eternas y recíprocas acriminaciones; tal la cuestión que se debía resolver.

Mr. de Jacourt quería remitir la proposición á los jacobinos á causa de su violencia; pero Mr. Isnard, á cuya exaltación se acomodaba, pedía que se tomase en consideración, enviándose á los departamentos el discurso de Mr. Delaunay para oponerlo al de Mr. Pastoret, que era sólo *una dosis de opio propinada á un moribundo.*

Mr. de Vaublanc consiguió que le escucharan, diciendo que la Constitución podía salvarse por ella misma; que el proyecto de Mr. Juan de Bry era una prueba de ello, y que se podía imprimir el discurso de Mr. Delaunay si se deseaba, mas no enviarlo á los departamentos y tratar de nuevo la proposición de la comisión. El debate se aplazó hasta el 3 de julio.

El diputado Vergniaud no había hablado aún: perteneciente á la Gironda, y reconocido como primer orador, era, sin embargo, independiente; sea por indiferencia ó por verdadera elevación, mostrábase superior á las pasiones de sus amigos; y participando de su amor patriótico no se dejaba llevar siempre de sus preocupaciones y arrebatos. Cuando se decidía en alguna cuestión, atraíase por su elocuencia, y cierta imparcialidad reconocida, los votos del grupo indeciso de la Asamblea, que Mirabeau dominaba en otro tiempo con su dialéctica y su vehemencia. Los grupos inciertos se inclinan siempre en favor del talento y de la razón (1).

(1) En esto hizo justicia á Vergniaud el *Diario de París*, tan conocido entonces por su oposición á la mayoría de la Asamblea, y por los sublimes talentos que formaban su redacción, singularmente el desgraciado é inmortal Andrés Chenier. (Véase el número del 4 de julio de 1792.)

Habíase anunciado que hablaría el 3 de julio, y acudió una inmensa multitud para oír al gran orador en una cuestión que se consideraba como decisiva.

Vergniaud toma, en efecto, la palabra (1), y después de hacer un rápido bosquejo de Francia continúa de

infelices belgas no quedará de nosotros más recuerdo que el de los incendios que habrán iluminado nuestra retirada! Al mismo tiempo amanece en el Rhin un formidable ejército de prusianos, aunque nos habían hecho creer que su marcha no sería tan pronta.



De Pastoret

este modo: «Si no se creyera en el amor imperecedero del pueblo á la libertad, dudaría de si la revolución retrocede ó toca á su fin. Nuestros ejércitos del Norte avanzaban por Bélgica, y de pronto se repliegan; el teatro de la guerra se traslada á nuestro territorio; y entre los

»¿Cómo es que se ha elegido este momento para exigir la dimisión de los ministros populares, cortar el hilo de sus trabajos, y entregar el imperio á manos inexpertas, rechazando las útiles medidas que creímos necesario proponer?.. ¿Será cierto que se temen nuestros triunfos?.. ¿Se tiene sed de la sangre de Coblenza ó de la nuestra? ¿Se quiere reinar sobre ciudades abandonadas y campos devastados?.. ¿Dónde estamos, en

(1) Inútil parece advertir que sólo analizo aquí, y no reproduzco textualmente el discurso de Mr. Vergniaud.